



Año IV.

Barcelona 8 de Agosto de 1890.

Núm. 165



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. 1'50 ptas. trimestre

Provincias. 5 " semestre

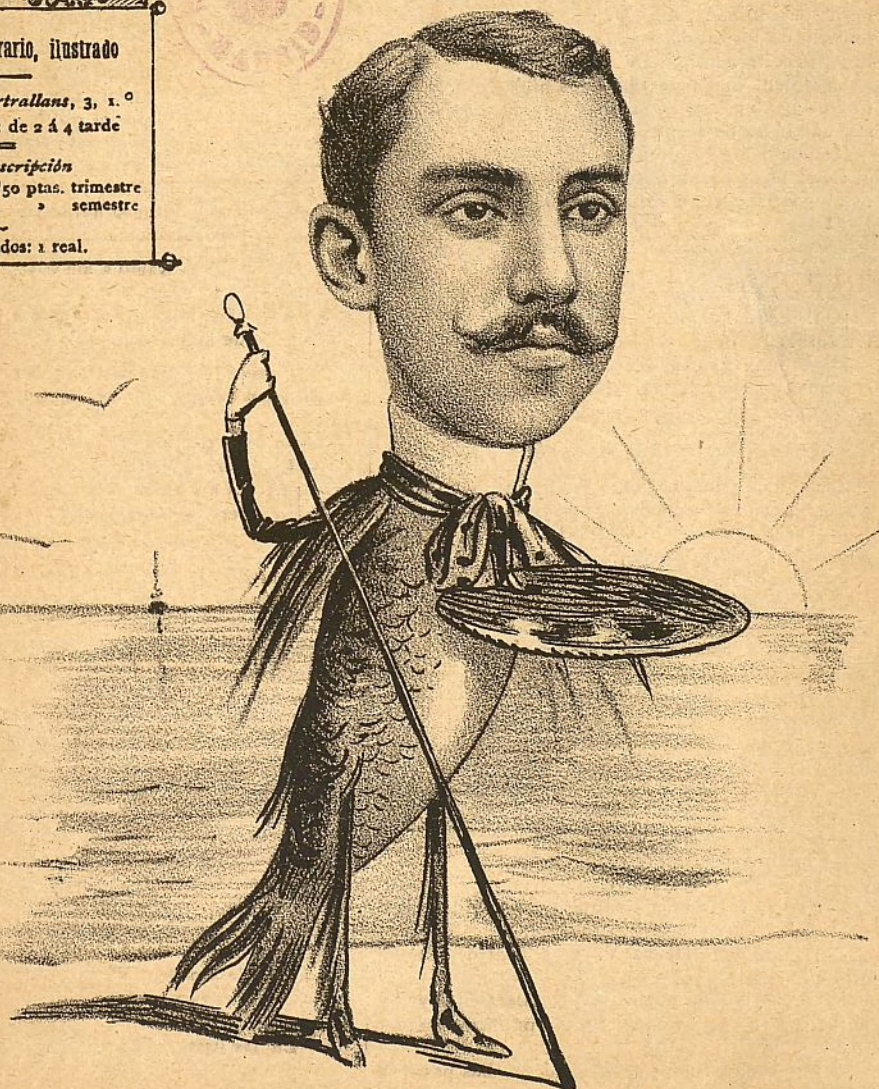
Números atrasados: 1 real.

LA Semana Cómica

LIT. MURALLS. UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

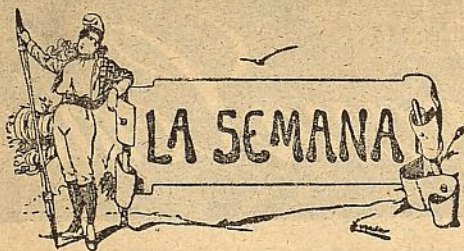
NUESTROS PINTORES, POR ESCALER.



JOSE GARTNER

(Celebrado marinista malagueño.)

Ayuntamiento de Madrid



Esta es la hora de abrir de par en par las puertas de aquel templo de Jano con cuya apertura celebraban los romanos la paz del mundo.

Y no porque el dios bifronte sea el más á propósito para regir esta sociedad hipócrita, cuyos individuos tienen dos caras, y aun tres ó más, como un poliedro cualquiera, sino porque efectivamente, aquí no ha pasado nada, á pesar de la huelgas barcelonesas, de los desórdenes salvadoreños y de las hecatombes argentinas.

Hace ocho días parecía que los hilos del telégrafo cruzaban un lago de sangre; hoy diríase que pasan una balsa de aceite.

Reconcilianse obreros y patronos, abrázanse guatemaltecos y salvadoreños, perdónanse mutuamente juaristas y unionistas cívicos.

Al

Hórridas per campos bambombombardas sonabant
ha sucedido el

Pax domini sit semper vobiscum.

¡Oh! la paz. ¡Qué bella sería la paz sino fuera tan sosa!

Por eso las gentes, chasquedas por la tranquila solución de esas tres contiendas, dicen como el *Tenorio* que

la apuesta está en pie;

es decir, que estamos como estábamos y que esta calma chicha es precursora de mayores males.

—¡Dicen que ha terminado lo de la República Argentina! Si eso dá risa...

—Risa argentina ¿verdad?

—No es eso. Usted no sabe quien es Juárez...

—Ni quien es Calleja tampoco.

—Ya ve V. como Francia é Inglaterra han enviado allí sus escuadras.

—¿De gastadores?

—No señor; de cobradores.

—Pues me parece que como no les cobren cariño ¡lo que es otra cosa!...

—Y ¿qué me dice V. de Barcelona? ¿En donde se han metido las Tres Clases de Vapor?

—Se habrán evaporado, seguramente.

—Hombre ¡las tres?

—En punto, si señor.

—Pues ¿y la América Central? ¡Más vale dejarla á un lado!

—Y ¿para qué? Déjela V. en el centro, que no está mal allí.

En suma, que los terroristas, los alarmistas y los pesimistas no se avienen con la pública tranquilidad.

—Las huelgas no se acaban —decía días pasados

uno de aquellos;—es preciso que el gobernador resigne el mando.

—Eso es pedir mucha resignación.

—Pues no hay más remedio. Entonces ¿á qué ha venido Martínez Campos?

—¡Vaya usted á averiguar!

Por lo visto, á pasear
con americana y hongo.

—¡Buen jabón se vá á ganar...
de los príncipes del Congo!

Después hemos sabido que el Gobierno pensaba sofocar las posibles algaradas sin echar mano del ejército ni proclamar la ley marcial.

Mucho corraje amarillo, mucho tricornio, mucho guardia civil en cuerpo benemérito y alma.

¡Qué gloria entonces para el ministro de la Gobernación y qué homenaje al duque de Ahumada que fué el que nos trajo las gallinas!

Es decir, las gallinas no; los guardias civiles, que son cosa completamente distinta.

Sin duda dijeron por las esferas oficiales:

—Los obreros catalanes no se casan con nadie y con los fabricantes mucho menos. Pues ya conseguiremos casarlos ¡y por lo civil!

Pero nuestro pueblo, sensato como él solo, no ha querido que por su causa quedaran abandonados los caminos y ha depuesto su actitud.

De no hacerlo, pronto hubiéramos oído por toda España la conocida copla, un tanto desfigurada:

A la Rambla me voy
te lo vengo á decir.

¡Por algo soy sargento
de la guardia civil!

—¿Cuanta fuerza le parece á V. E. que enviemos?
—hubieran preguntado en Madrid al ministro del ramo.

—No sé la que hará falta...

—¿Le parece á V. E. bastante con tres tercios?

—¡Ah! Es muy poco tres tercios.

—Un entero solamente ¡ya no puede ser menos!

En medio de una paz tan rara y tan universal como la presente, de la paz octaviana, nació en Belén el redentor del mundo.

Y ahora, en igualdad de condiciones, nace á la vida política —y no en Belén— la ley redentora de la democracia.

Por eso las listas del sufragio, expuestas ya en todos los distritos electorales, tienen delante más público que las listas de la lotería de Navidad.

Algo bueno darian los conservadores porque las lluvias fueran estos días generales en toda España.

No con otro fin sino con el de que las listas electorales resultasen papeles mojados.

Pero no es de creer que los agentes físicos se metan á agentes... de elecciones conservadoras.

Un sugeto se encontraba indignado delante de las listas.

—¿Qué le sucede á V?

—¿Qué no estoy allí.

—¿En dónde?

—En las listas. ¡Eso no tiene nombre!

—¡Caballero por Dios! Diga V. lo que quiera,

menos que no tiene nombre lo que está cuajado de ellos.

—¿Qué es esto? preguntaba un transeunte atraído por la curiosidad.

—¿Esto? Lo del sufragio.

—¿Se ha muerto alguien, por ventura?

—De eso se trata, de matar á alguien.

—¿A quien?

—A la política conservadora.

—¡Ah! vamos—exclama el preguntón sonriendo intencionadamente—D. Antonio, orgulloso, á fuer de Canovas, ha querido imitar á Carlos V. haciéndose el *sufragio* en vida.

Los comités de oposición excitan á los electores para que repasen las listas y hagan las reclamaciones consiguientes en el caso probable de una omisión.

—¿Es V. del comité?

—Sí; para servir á V.—dice el preguntado, acabando la aleluya.

—Pues venia á decirle que no me han incluido en la relación de votantes.

—Se pedirá la rectificación ¿Cómo se llama V?

—Bermudez; he mirado la lista correspondiente á la B y no está mi nombre.

—Pero ¿no ha mirado V. la *u de corazón*?

—¡Por Dios, hombre!

—No se asombre V.; quizá los escribientes le hayan puesto á V. allí, porque ¡como la ley electoral no habla para nada de la ortografía!

Todo se espera de la campaña directora y fiscal de la Junta del Censo.

Sus ilustres miembros se preparan para dirigirse á Madrid, sacrificando, en bien del país, la estancia en las playas y en los balnearios.

El elemento liberal cuenta con dos votos de menos, porque no es probable la asistencia de los señores Palanca y Zorrilla.

Pero consolémonos.

Lo que sobran por ahí son palancas.

Y zorrillas... eso por de contado.

El loco del cuento corría desnudo por la acera y llevaba debajo del brazo una pieza de paño.

—¿Dónde va V. así?—le dijo un policía.

—Es que estoy aguardando la última moda para hacerme un traje.

Los oficiales de nuestro ejército, si no quieren gastar un dineral, tendrán que imitar la conducta del loco.

Yendo por la calle en mangas de camisa y llevando bajo el brazo un corte de paño azul.

—¿A dónde van ustedes tan frescos? les preguntaremos.

Y responderán de seguro los cautos y prudentes soldados:

—Estamos esperando á que salga el último modelo de guerrera.

Dicen, en efecto, los periódicos, que va á modificarse el uniforme de ingenieros y artillería con no sé que reforma de botones.

En vista de lo cual, yo espero que pronto áeje de publicarse el «Diario Oficial del Ministerio de la Guerra.»

Porque el órgano de dicho Ministerio debe ser otro periódico.

La Moda elegante e ilustrada.

LUIS ROYO VILLANOVA.

UN POBRE HOMBRE

Juan Lanas me llaman todos porque no me meto en nada. Tiene una gracia endiablada esto de poner apodos.

¿Qué fundamento tendrán para decirlo, Señor?

Porque, palabra de honor, que yo no me llamo Juan.

Me llamo Lucas Sobrino y García del Peral, soy joven, no vivo mal, y nací en Vitigiano.

Pero dicen que no puedo tener carácter.... ¡Ni ganas! Y me apellidan Juan Lanas y con Juan Lanas me quedo.

No me importa, la verdad, lo que hacen mis convecinos, ni se me dá tres cominos de toda la humanidad.

¿Que no tomo con calor nada, y me rio de todo?

¡Claro! Pues si me incomodo

me sale mucho peor.

Hay quien me insulta; lo sé; pero ¿y qué? Si yo me apuro refinos, y de seguro me encierran. ¡Pues ya se vé!

¿Que sale un negocio mal?

Pues salga como saliere; el que se asusta, se muere de congestión cerebral.

Y yo lo tomo con calma y lo aguanto como puedo, sin disgustarme, sin miedo, y sin espina en el alma.

¿Que dicen que á mi mujer hacen muchos el amor?

Pues que se lo hagan; ¡mejor! ¿Yo qué diablo voy á hacer?

Si me altero y soy celoso, y la observo, y la vigilo, y con el alma en un hilo soy cargante y fastidioso, acabaré por morirme por la causa más pequeña,

y, al cabo si ella se empeña, me la pegará ¡y de firme!

De modo que es lo mejor dejar que ruede la bola, seguro de que ella sola basta á defender su honor.

Y si no me quiere nada y ha de resultar infame, no la defiando, aunque llame, en mi auxilio una brigada.

Dicen tambien por ahí que es mi condición tan blanda, que todo el mundo me manda y no soy dueño de mi.

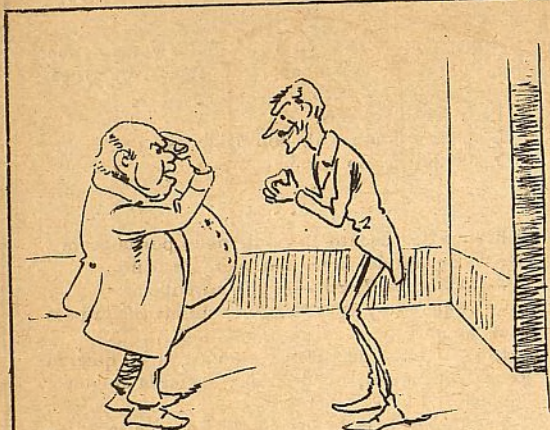
No lo niego; podrá ser que siempre quede debajo por no tomarme el trabajo de pensar lo que he de hacer.

Si el uno me dice:—Adios,—el otro me dice:—Ven;—porque es difícil que estén, de dos, conformes los dos.

No hay suceso que me impida

PERIPECIAS ENTRE D. REFRIGERIO

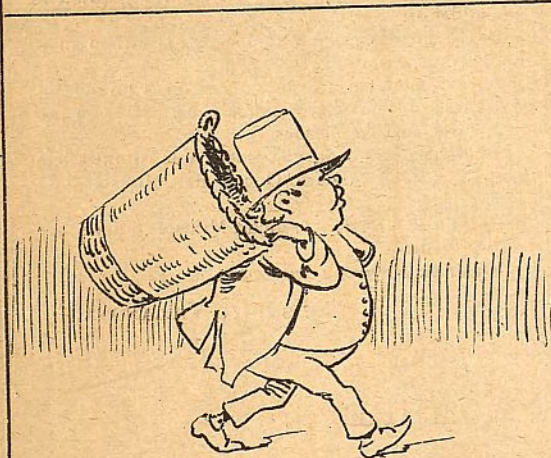
(Continuación de la «Tercera peripecia»)



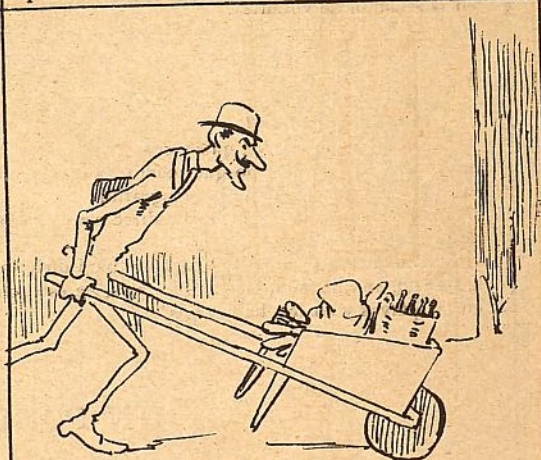
13. De repente á D. Refrigerio se le ocurre una idea:



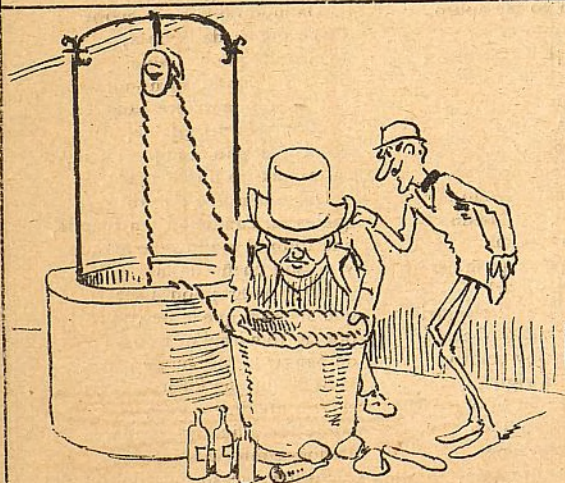
14. la de que el pozo debe llegar á los antípodas.



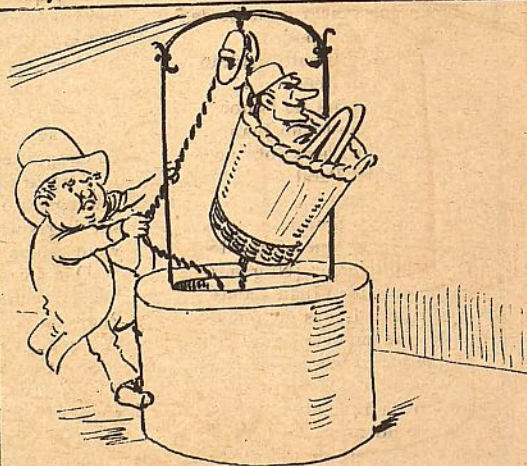
15. ¿Cómo bajar hasta ellos? D. Refrigerio trae un cesto que ha de servir de barquilla



16. Y D. Estimulante trae vituallas para el viaje.

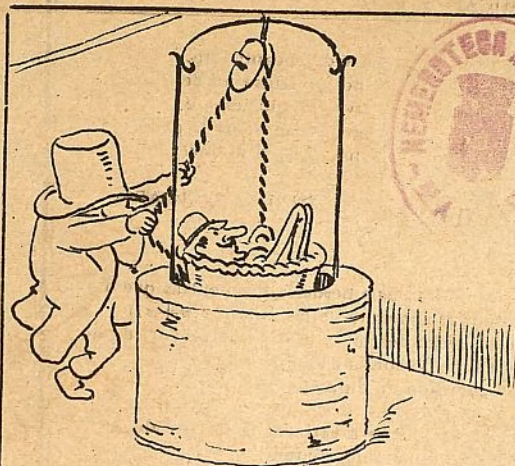


17. Desiste de bajar D. Refrigerio por no caber en el cesto.

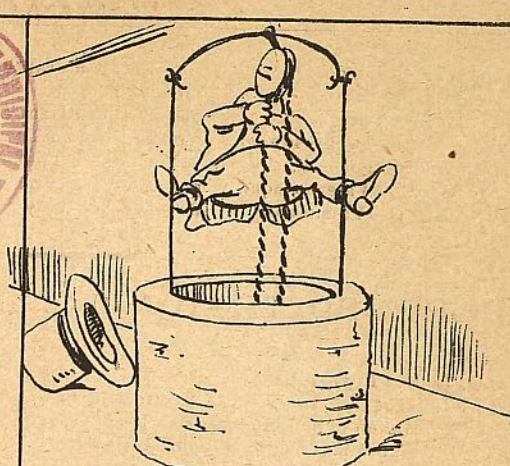


18. No así D. Estimulante, el cual emprende el azaroso camino.

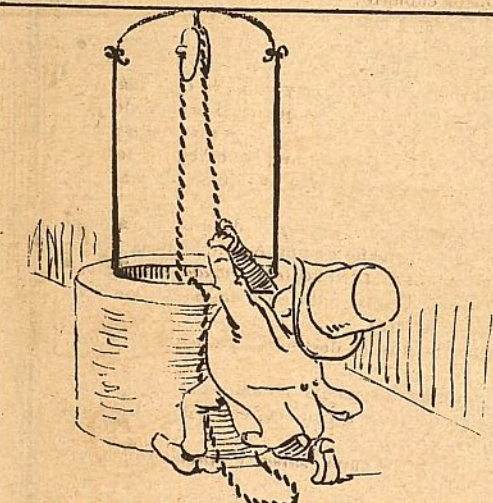
Y D. ESTIMULANTE, POR M. GONZALEZ.



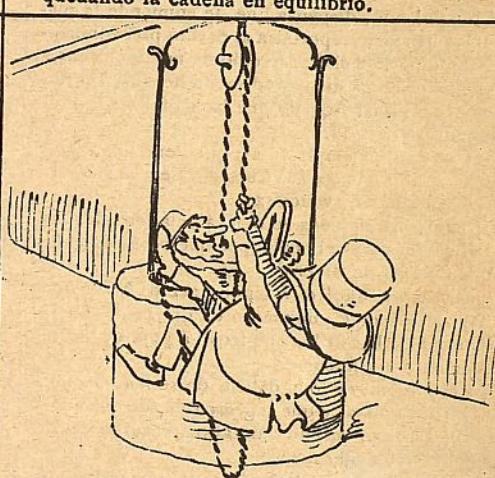
19. Contenido en su descenso por D. Refri-
gerio:



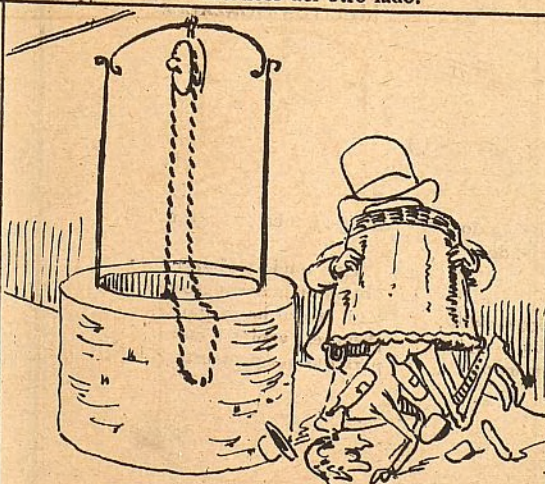
20 Hasta que éste fué arrastrado con ímpetu,
quedando la cadena en equilibrio.



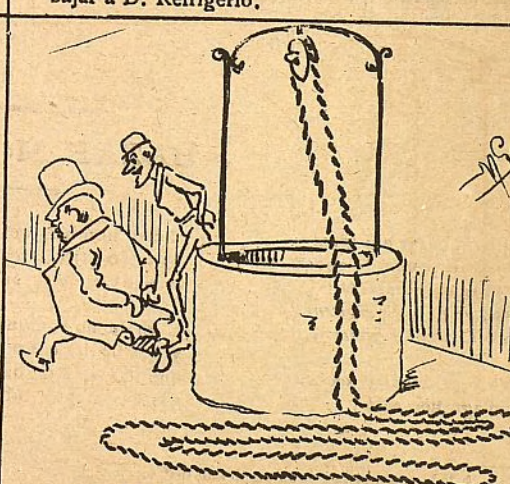
21. Tiró entonces del otro lado.



22. Y siguió tirando, creyendo que así hacía
bajar á D. Refrigerio.



23. Cuando lo que hacía en realidad era su-
birlo por el otro lado,



24. porque era el caso que la cadena, unida
por sus dos extremos, resultaba ser una cadena
sin fin.

vivir sin pena y cuidado,
ni recuerdo haber pasado
malos ratos en mi vida,
—¿Es usted rico? —Lo soy
—¿Es usted mendigo? —Sí.
—Venga usted. —Ya estoy aquí.
—Vayase usted. —Ya me voy.

—Lucas, no salgas de casa,
dice mi Tomasa. —Bueno;
pues me quedo tan sereno
y obedezco á mi Tomasa.
Y todo el mundo me adora
por este carácter blando;
de modo que estoy ¡asando

una vida encantadora.
Si no me asusta un desliz
y vivo tranquilamente,
¿por qué me llama la gente
Juan Lanas, el infeliz?

SINESIO DELGADO.

CARTA SUSTRADA (1)

Sr. D. Luisito Royo Villanova.
Amigo Luisito: En LA SEMANA CÓMICA leí tu
maja de artículo en el que propones dar los desti-
nos del Gobierno á modo de *bateo chin chin*; es de-
cir, tirar los nombramientos por la ventana y el
que tenga más puños se encuentra subsecretario de
Marina.

¡Chiquito! mí, dispensa que te enmiende la pla-
na. ¿Qué beneficio reportaría al país tu procedimien-
to? Ninguno. Sólo el espectáculo de una lucha entre
fieras hambrientas disputándose un hueso. ¡Teorías
y siempre teorías! Aquí lo que hacen falta son pro-
cedimientos *prácticos*.

Hoy se dan los empleos al que tiene una buena
aldaba donde agarrarse. Cuestión de aldabas. El
que la tiene mayor, vence (2)

Si, pues, los empleos se dan á puja de aldabas,
sin beneficio para el país ¿por qué no se dan los
destinos á puja de dinero?

¡Qué inmoralidad! dirá algún pacato. No señor,
no hay tal, desde el momento en que no se tiene
por inmoral subastar los empleos á puja de reco-
mendaciones é influencias.

Por eso *la mia* es que deben darse los destinos
en pública subasta, y que ingresen en las arcas del
Tesoro (si es que quedan las tales arcas) los pro-
ductos de dicha subasta.

Dirás tu (y si no lo dices, lo digo yo):—El que
tomase posesión de un destino por el cual hubiese
pagado *x* pesetas, trataría de hacer su *jugaica* sa-
cándole al destino

 $x+n$.

Convenido: el país perdería *n*, mientras que hoy
pierde por el concepto de las *juadicas* ($n+x$.)

En la Puerta del Sol ó en la Plaza Mayor se pon-
dría un tablado con una campana.

Una comisión de diputados la tocaría.

Tan tan tan.

—¡Señores! Se va á verificar la subasta de desti-
nos para la próxima legislatura.

Aquí tienen ustedes la Presidencia del Consejo
de Ministros tasada en bien poco: mil pesetas.

—¡Queda cubierto!

—¡Mil pesetas más!

—¡Diez mil!

—¡Diez millones!

—Dan diez millones ¿Hay quién le diga más?

¡A la una! Vean ustedes que es el primer destino
de la Nación. ¡A las dos! Que bien manejado puede
hacer la felicidad de toda una generación y las si-
guientes hasta la sexta. ¿No hay quien dé más? ¡A
las tres!

Y tendríamos de presidente del Consejo á Don
Uñate Gateras, dueño de una Agencia de la Corte
donde se presta DINERO sobre sueldos á militares.
Las arcas del Tesoro habrían aumentado en diez
millones de pesetas.

Así distribuidos los destinos... ¡valiente personal!
¿Eh?

De todos modos, el que tenemos ahora...

Salvo honrosas escepciones, como el de Correos,
Consumos y otros.

Y sin otro particular, sabes te aprecia tu amigo.

Que lo es

MELITÓN GONZALEZ

BAZAR MODERNO

Es un bazar sin igual
y no tiene quien le venza
en el ramo comercial:

Plaza de la Desvergüenza,
junto á la calle Inmoral.

Hay para cada sección
un magnífico salón

y cien hombres despachando.
PRECIO FIJO... rebajando
lo que sea de razón.

El dueño es hombre corrido,
y por fin ha conseguido
que se venda de buen modo
absolutamente todo

lo que nunca se ha vendido.

Este moderno bazar
obtiene muchas mercedes
y un tesoro ha de ganar.
¡Señores, vanios á entrar,
para que juzguen ustedes!

(1) A la buena amistad de un empleado de Correos debemos
la presente.

(2) Véase Villaverde

¡Qué apuros y qué empujones!..
Oigamos las peticiones,
que se hacen por este estilo:
—¿Tiene usted *reputaciones*
de algodón con vistas de hilo?
—Sí.—Baratita la quiero.
—Las tenemos muy completas
y por muy poco dinero.
Las hay desde *dos pesetas*
para cualquier caballero.

—¿Tiene usted *honores*?—Ahora
la servirán sin demora.

(A un muchacho):
¡Bájate *honores franceses*,
de esos de plata Meneses,
aquí, para la señora!
—Si es buen metal, me lo llevo.
—A garantizarlo me atrevo.
—Se pondrá negro al instante...
—No hay más que pasarle un
y se queda como nuevo. [guante

—¿Hay *conciencias*?—Calidad

extra: de elasticidad
y consistencia á la vez.
¿De qué la quiere?... - De juez.
—¿De esas *de goma*, verdad?
Ya la tenía en la mano.
Diez duros.—¿Usted delira!
—Es que ésta dura un verano
y que *se encoge y se estira*
á gusto del parroquiano.
—Ocho duros: no doy más.
—Podré, por condescendencia,
bajarle un duro quizás...
—Pues me quedo *sin conciencia*.
(Marchándose)
¡Lo siento por los demás!

—¿Tiene usted una obra buena?
—¿La quiere usted *propia*?—Ajena.
—Pues superior va á llevarla.
No tiene más que *firmarla*,
y logra un triunfo en la escena.
Situaciones deliciosas
tiene, y quintillas hermosas...
—¿Y la crítica mordaz?...
—

—No se asusta de estas cosas.
Cambiando el *título*, en paz.

—
Todo se dá por dinero,
y nadie al pedir se arredra.
Títulos de consejero,
corazones de usurero,
de esos de carbón de piedra.
De la industria nacional
han encontrado el registro,
y se hace venta real
de carteras de ministro
y fajas de general.

—
Ya habeis tenido ocasión
de ver el bazar del día,
y advierto que la *razón*
social es ésta: «Bribón,
Trapisonda y Compañía.»

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA MUJERCITA

I.

No recuerdo cuanto tiempo, pero hace ya más de once años; ella era una niña muy corretoncilla y alegre cuando estaba entre sus amigas; la presencia de alguna otra niña que le fuera desconocida la acobardaba: la timidez de su ánimo era graciosa. Maria habia nacido sin duda para vivir escondida en hueco estrecho donde cupiesen ella y sus muñecas, y más tarde en una modesta casa donde vivieran ella, su maridito y sus hijos; maridito, esto es, tal sería su sueño; casarse con un hombre casi como un niño, ingenuo y dulce.

Cosía, planchaba, cocinaba, era muy pulcra, muy silenciosa; leía y escribía de un modo muy singular, leía con devoción, con profundo respeto á los libros, y escribía con torpeza, enmarañando la letra á fuerza de temblarle la mano, costándole penoso trabajo fijar en el papel las palabras; se afanaba cual si más que trazarlas fuese clavándolas en dura madera con gruesos clavos y sudando por el esfuerzo.

A los diez años tenía una carita dulce, blanca, casi pálida, unas largas trenzas de oro, una vocecilla fresca y pura; cantaba con la ligereza y las modulaciones propias del canto de un gilguero, pero cantaba al creerse sola, y al menor ruido que le anunciase la presencia de alguien enmudecía, como enmudecen los grillos en sus casitas entre la hierba de los campos.

A los quince años era hermosísima, sonrosada, pudibunda; el miedo que antes expresaban sus ojos ya no hacia reír; no era miedo, era como un recogimiento religioso; la pudibundez santa de la virginidad infundía un respeto profundo mezclado á

una adoración casi ideal. No obstante, pasaba como invisible en la mayor parte de los casos: era florecilla del prado oculta en la espesura de la grama; no se hallaba dotada de esa gracia bulliciosa que subyuga; no sabia moverse á paso de medio baile, no era teatral para divertirse en callejuelas y paseos los ojos de los picaros; hasta podria decirse que le caian mal las ropas, si no se hubiera visto en el recato, en la modestia de su porte, la distinción y la elegancia de los que, á fuerza de ignorar artificios y figurines, dejan de parecerse á esa numerosa comparsa de vividores y vividoras que representan estas palabras: «Todo el mundo.»

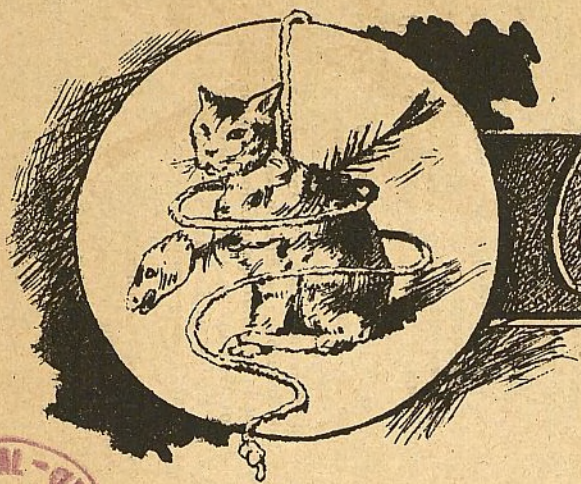
Tuvo sus amores.

Como fué no acertariamos á explicarlo; ello ocurrió inesperadamente, cuando ya la muchacha iba á cumplir diez y ocho años. Ruborizábase por todo, pero habia llegado á adquirir un extraordinario valor; hablaba con menos reparo y reía delante de las gentes con su alegre risa de siempre, la que trajo del cielo, la que habia brotado en su boca durante la primera infancia. Pues bien, tuvo un novio, un obrero como ella, un pobre muchacho, muy embelesado, muy gozoso al mirarla, y así, naturalmente, sin obstáculos, sin apresuramientos, con la suavidad con que para ella resultaba la vida, se casó. Tuvo su mantilla blanca con su ramo de flores de azahar, su rico vestido de raso, sus pendientes y sus sortijas de oro; apareció deslumbrante y hermosa, ataviada como una reina de la castidad que iba á dejar su corona para recibir más tarde la augusta, santa y hermosa corona de la maternidad.

Como veis, se trata aquí de una mujer cual otra cualquiera, vulgar y honrada.

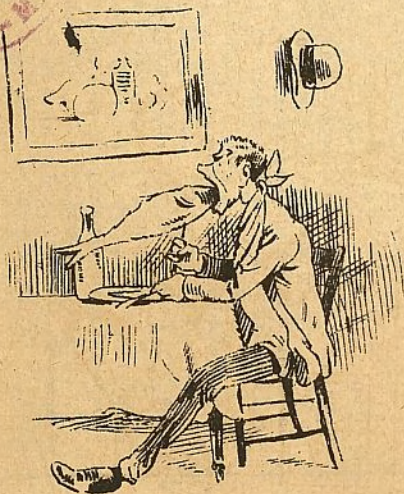
II.

María se asustaba de un ratón, tapábase los oídos ante un arma de fuego, aunque estuviera descarga-

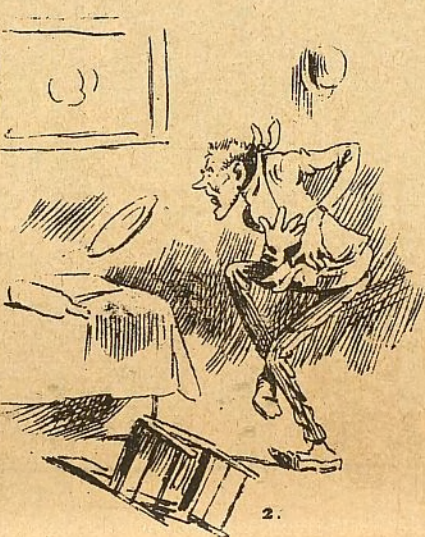


Cuento científico

Por *Heráclito*



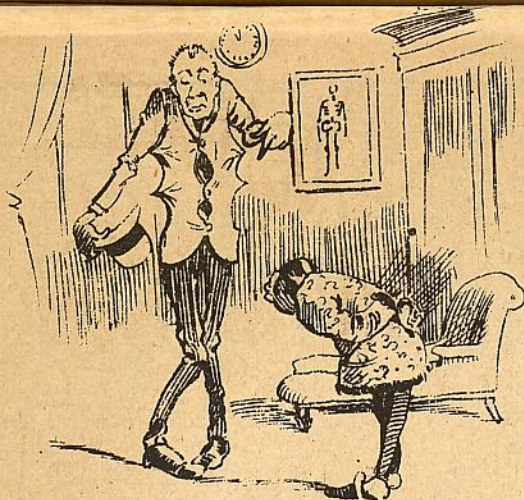
1.



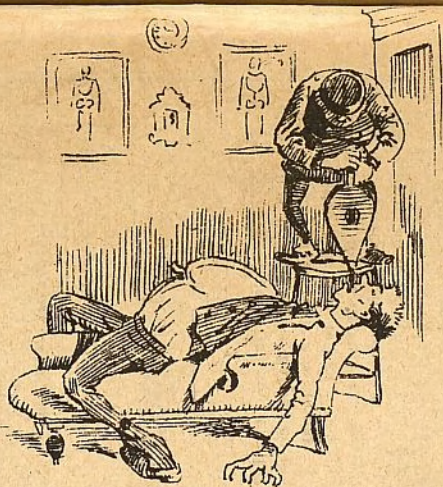
2.



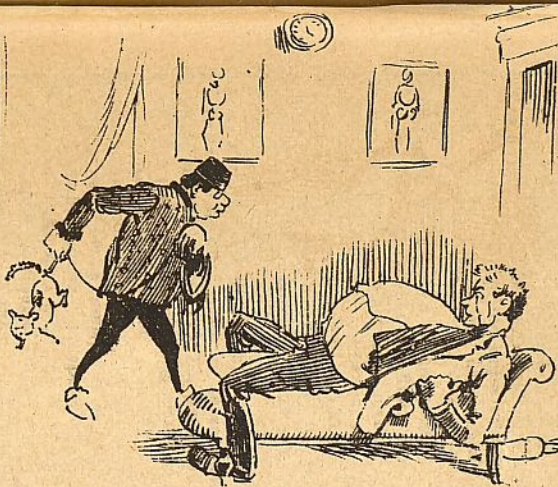
3.



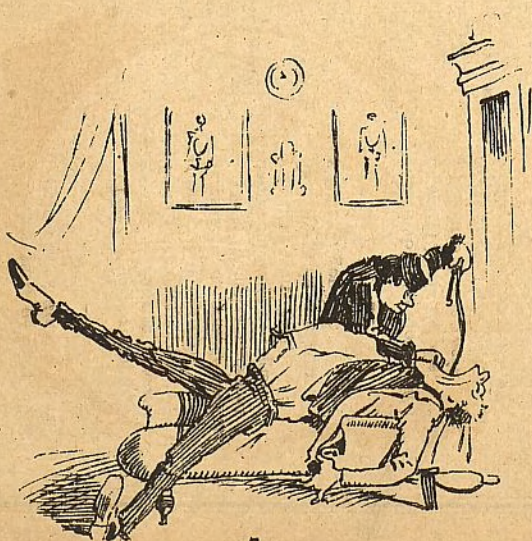
4.



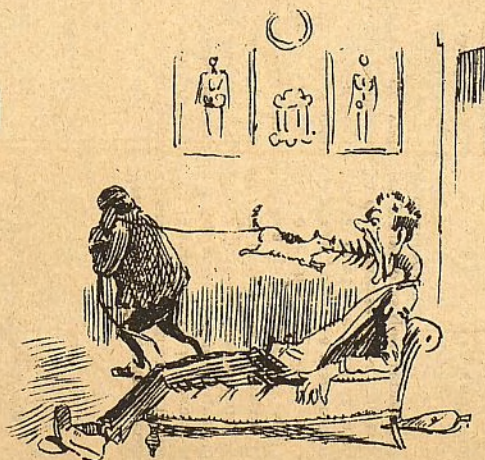
5.



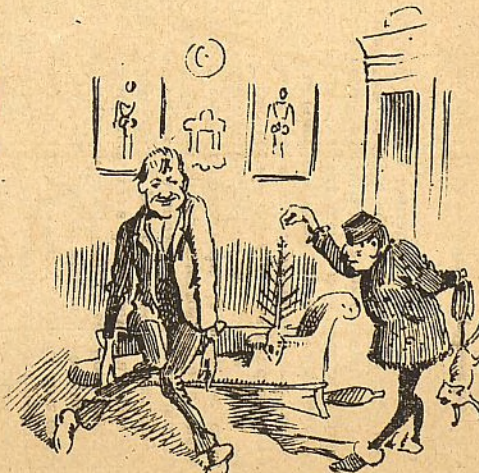
6.



7.



8.



9.

da; una apacible y mansa vaca que hallase en el campo la llenaba de terror y la mujercita cobarde, apenas salía de su casa como no fuese apoyada en el brazo de su marido, un hombre rudo, laborioso, infatigable, lleno de vigor.

Pasados los días del triunfo, María guardó sus lujosos trajes, dejó las fiestas y emprendió su vida activa, silenciosa, oculta ó saliendo tan sólo por el mismo sendero, como una hormiga, al mercado, á la iglesia; todos los domingos al campo con su marido; algunas—muy raras veces—al teatro, donde sufría mucho ante los episodios dramáticos, y donde sólo se reía cuando presenciaba algún espectáculo grotesco é inocente, como las comedias de los polichinelas.

¡Pero qué casita la suya! Limpia, luciente como la plata, fresca, llena de flores, sombreada por las cortinas de las ventanas en el verano, confortable, abrigada, deliciosa en el invierno, silenciosa como un templo, blanda como un nido. María tenía su labor de abeja y de mariposa; hacía un dulce de exquisito sabor, trabajaba en tejidos delicadísimos, tenía además algo de la suavidad refrigerante de las brisas y mucho de la armonía adormecedora de los cordones de agua que se deslizan por la verde llanura.

Cuando el abatimiento por desencanto, cuando las perfidias de la tacañería codiciosa, cuando las injusticias que envenenan la sangre; en fin, cuando los rudos combates de la vida turbaban el alma del obrero, y una como asfixia irresistible comprimía su pecho, allí en su casa sentíase como vuelto á la vida y á la fé, y gozando de un dulce descanso, respiraba, ensanchando el corazón al influjo de pensamientos llenos de sencillez, y se adormecía oyendo palabras como las de un niño.

Años despues, ya tenía cuatro hijos aquel matrimonio, todos criados y educados por la mujercita. ¡Qué animosa madre! ¡qué solícita y diligente!

Cierto día ocurrió un desastre. Mauricio, el marido de María, entró en su casa con la faz ceñuda y demudado el entrecejo, donde suele estribar la expresión del odio; se hallaba enfurecido; el obrero no habló, dejóse caer en un taburete, y echóse de codos sobre la tabla de una mesa.

--¡Dios mío! ¿qué ocurrirá? pensó llena de terror María; ¿qué te sucede, Mauricio?

--¿Qué ocurre? Déjame, nada me preguntes.

María guardó silencio.

--¡Oh, exclamó Mauricio, le ha de pesar á ese canalla lo que conmigo ha hecho. Mi trabajo, mis fuerzas, mi antes poderosa vista, mis ojos... todo lo he dado en provecho de ese traficante... y al fin he sentido la zarpada de gato de un avaricioso. Yo salgo como un mal grabador, soy despedido como un indolente, y aunque mis ganancias eran pocas, aun resulta que no las he merecido... ¡Qué haré! Me siento aniquilado.

--Mauricio--exclamó entonces irguiéndose la mujercita; y en su frente se mostró la arruga vertical, en su faz la energía, en toda ella la resolución más heróica, la fé más firme;--descansa algunas horas y mañana te sentirás el de siempre. Tú no te abates, tú tienes una fuerza indomable; por ti hemos pagado atrasos, hemos salido de gravísimos apuros, jamás nos ha faltado el pan; tú trabajas y tú á todos los vencerás... y si no combatiré yo también! Resiste, ¡ten calma; también yo sé trabajar! ¡Abatirte tú? ¡nunca! ¿desmayar tú? ¡imposible!

Diez años despues, una mujer corría de acá para allá las calles de Madrid, cargada con unas grandes cajas; vendía blondas, vestidos, de casa en casa. Parecía increíble que un cuerpo tan endeble pudiese resistir aquella penosa faena.

Los domingos la vendedora ambulante salía de su casa llevando del brazo á un hombre de edad, el cual caminaba lentamente; era Mauricio el grabador, que hacia tres años se había quedado ciego.

JOSÉ ZAHONERO.

EL CURA Y EL MÉDICO

(CARTA CONTESTACION A DOS AMIGOS)

Por escribiros en verso,
subí al Parnaso ayer tarde
para pedir á las musas
seis gruesas de consonantes.

Estaban las nueve hermanas
con unos fuelles muy grandes,
ocupadas en dar sopios
á literatos notables.

Al saber mis pretensiones
se excusaron de auxiliarme,
prestando los encargos
que, de algunos meses antes,
hicieronlas para otoño
los más distinguidos vates.

Apolo, que estaba atento,
presenciando este desaire,
--Venid conmigo, --me dijo--

lo que queréis explicadme,
y quizás pueda yo solo
serviros en este trance.

Junto á la fuente Castalia
hizo en el césped sentarme,
y exigió que le expusiera
mi deseo con detalles.

Enseñéle vuestra carta,
elogió vuestro donaire,
me miró... bebió en la fuente...
y pronunció aquestas frases.

--
--¡Progresos son de este siglo
trocar las guerras en paces,
y unir en útil consorcio
lo menos reconciliable!
La medicina y el clero

ejemplo son de esta clase;
pues la materia y el alma
libraron rudos combates;

y hoy ya la filosofía,
suprimiendo necedades,
sin negar á Dios lo suyo,
dá lo suyo á los mortales.

Parábolas y aforismos
envuelven muchas verdades,
y el bisturí y el hisopo
demuestran cosas muy grandes.

La sociedad anda encienque
y sufre dolencias graves;
si el doctor cura las físicas,
cura el cura las morales.

Los dos tienen su parroquia;
los dos del latín se valen;

los dos tienen por oficio
dar la calma á quien le falte;
y ambos á son de campana
gobiernan á los mortales.

Las miserias y pecados
de todos los hombres saben,
y lavando almas y cuerpos
limpian á sus semejantes.

Por la lengua califican
los dos las enfermedades,
y las purgas y exorcismos
les propinan de laxantes...

Consideran la comida
origen de muchos males,
y con dietas y ayunos
quitan vicios á la sangre...

Si el médico se retira,
el cura vá á reemplazarle:
que es regla que el uno empiece

allí donde el otro acabe.
Récipe el doctor escribe
á manera de iniciales;
pues si el cura las decifra
dicen: *Requiescat in pace.*

Pildoras y absoluciones
fueron, en todas edades,
señal de alta en cementerios,
y de baja en hospitales.

Si un médico, pues, y un cura
veis que echándola de vates
andan acordes y amigos,
no os admire, no os extrañe.

Eso de pulsar la lira
es cosa que los dos hacen,
porque el pulso es para entrambos
de su destreza la base.

Toma el pulso á los pacientes
el uno para observarles,

y el otro de los pocillos
saca á pulso el chocolate...

Pero me parece, amigo,
que se nos vá haciendo tarde.

Con aguas de la Castalia
refresquemos nuestras fauces,
y tomad como regalo
unos cuantos asonantes.

Así dijo y del arroyo
sacó un puñado muy grande
de unas cosas muy pequeñas,
muy raras y desiguales.

Volvi con ellas á casa,
satisfecho del viaje:
y al fin conseguí con ellas
componer este romance.

GENARO GENOVÉS.

VISTAS DE MADRID

La encajera de Santa Cruz.

Entre las remembranzas de niño que todos guardamos en el corazón se destaca con seguros contornos la silueta suave de la encajera de Santa Cruz, con la gruesa vara de medir en la mano, despachando puntilla á las mujeres de los pueblos próximos á la Corte, ó aposentada en una silla al cuidado de su comercio al aire libre. Desde que tenemos uso de razón conocemos los madrileños aquellos puestos humildes y molestos, y de tal suerte los años les han hecho consustanciarse con el lugar en que se enclavan, que no es posible imaginarse ya los soportales de la acera derecha de la calle de Gerona sin que surjan en la mente sus grandes postes de piedra emperifollados de gorritos de recién nacido, de tragecillos de percal, de vestiditos de punto, de géneros de lencería y ceñidos por una interminable cinta de blonda que se abraza al pilar como un fleco de yedra.

A primera hora de la mañana y por la noche, aquellos soportes cuadrados y toscos de la calle de Gerona están abandonados y solitarios; nadie podría sospechar entonces que cada uno es el símbolo de un hogar, la sombra de una familia; á las diez dos ó tres mujeres sacan de los comercios cercanos donde los tienen en depósito, dos ó tres grandes baules, arrastrados sobre ruedas, que les sirven de base para el puesto y en un periquete queda establecido el tinglado. Las encajeras suelen ser viejas arrugadas, caducas, parlanchinas; se han pasado la vida allí en aquel esquinal; debieran declararles hijas adoptivas las losas; de cuando en cuando aparece entre ellas alguna joven; es que la generación de los tres ó cuatro pilares se renueva y se transmite sus soportes de piedra y sus puntillas; al entrar en aquel trozo de galería se siente uno en contacto con algo de institución...

Y así lo es; aquella vieja apergaminada ó aquella moza fresca, cortando tragecillos, haciendo crochet

ó despachando encaje, y aquel sillar convertido en un escaparate y en una percha, no son el comercio que devora con sus precios subidos; es un rincón de calle donde se ha establecido con sus chirimbolos la laboriosidad; es el jornal humilde, el pedazo de pan diario, los garbanzos de la pobreza, el símbolo de la probidad mansa, que viene ganándose de padres á hijos, ayudado del caritativo y enorme pilar, el sustento tranquilo y exiguo pero limpio y claro de la honradez.

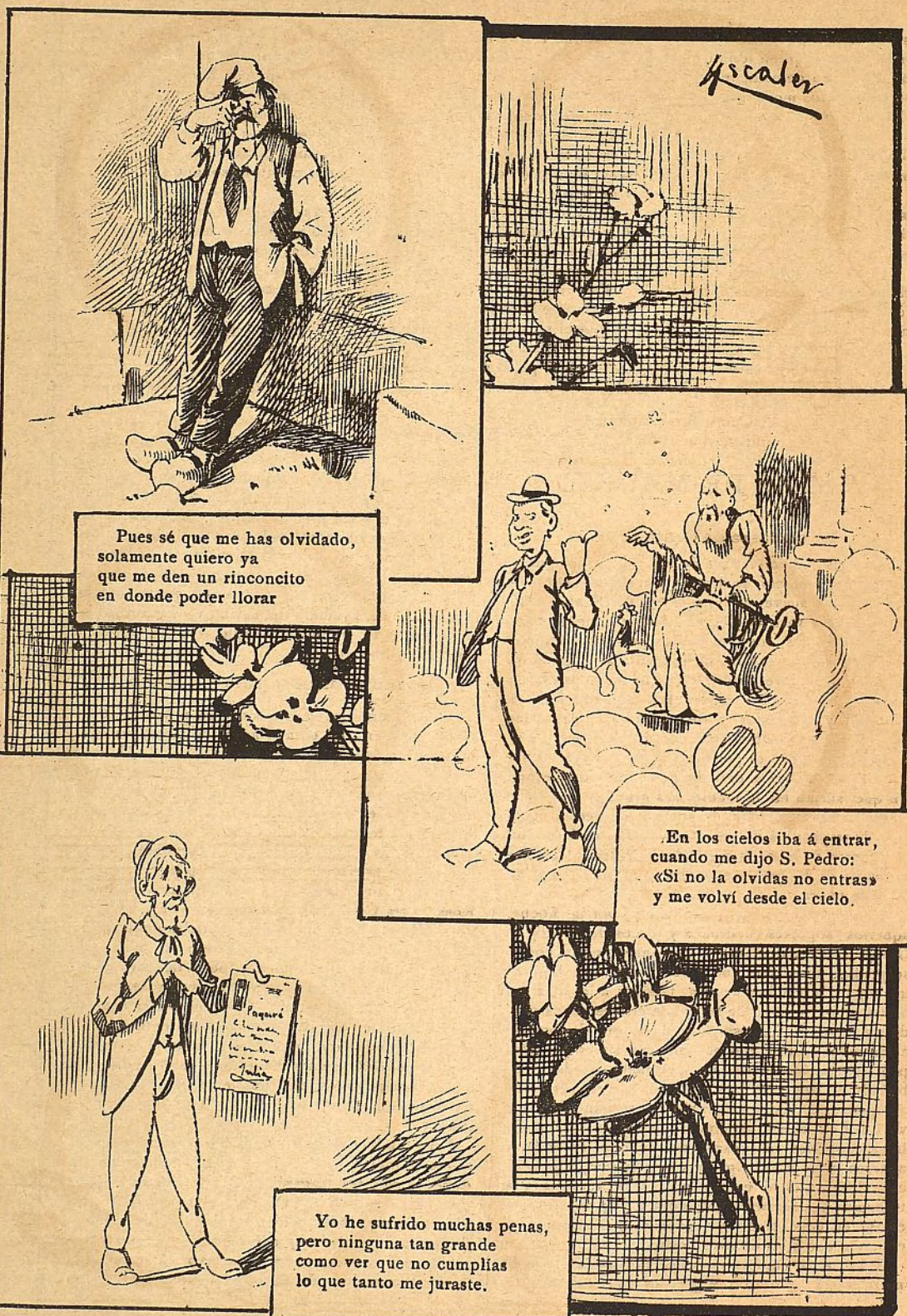
Las muñecas de la calle del Arenal.

Se lo saben de memoria todas las niñas; al acostarse no piden otra cosa al ángel de la guarda; que su papá las lleve mañana a ver los bebés de Dubost; para ellas no hay nada como aquel escaparate; allí se estarían su vida toda; mirándolas, aunque no fuera más que mirándolas, sonriéndolas, llamándolas bajito á todas por su nombre.

Porque las muñecas de aquel escaparate están bautizadas; ostentan su nombre de pila en un papel que tienen prendido en la camisilla; una se llama Rosa, otra Carmen, otra Dolores, otra... ¡Qué se yo...! ¡Es una diabólica ocurrencia del comerciante! De tal suerte, cuantas criaturas pasan por la calle se detienen ante el comercio y á fuerza de leer la *gaceta* de aquellas señoritas concluyen por contraer con ellas muy buena amistad... Casi siempre se encuentra delante del escaparate un pelotón entusiasta de ángeles rubios que palmorea y alboroz, con la alegría de los pájaros nuevos en el nido... Esto dá á aquel trozo de calle un ambiente extraño; al acercarse se comprende que por allí revoletea la felicidad...

Pero también anda la desdicha. A veces, pegadas al escaparate, inmóviles, extáticas, sumidas en un delirio celeste, tragándose las muñecas con los ojos, se descubren algunas chicleas del arroyo medio descalzas, harapientas; también ellas se saben de memoria los bebés y adoran á sus Juanitas y Pepitas, contentándose con mirarlas y sin serles dada la suprema ventura de palparlas siquiera una vez con

CANTARES, POR ESCALER.



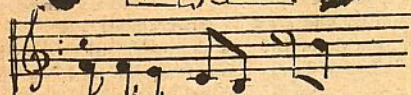
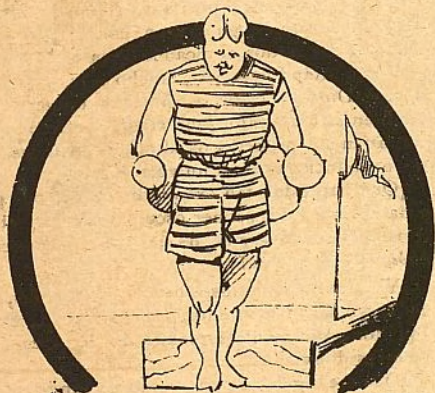
TROZOS MUSICALES, POR LAGO.



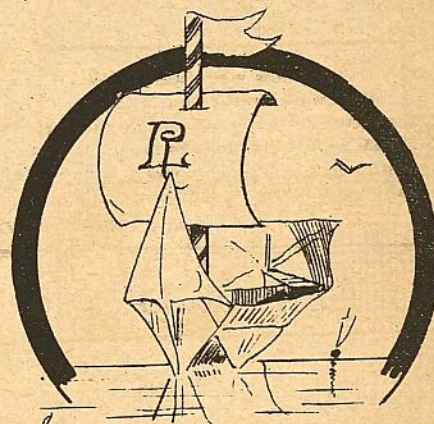
Como dos palomas
que se dan el pico.
(Chateau Margaux)



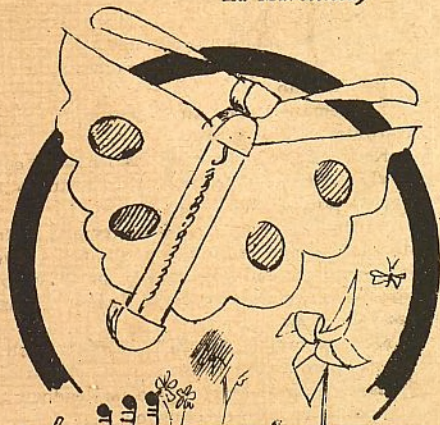
«Soy el rata primero...»
(La Gran-Via)



«Yo soy descamisado...»
(La Marsellesa)



«A navegar, á navegar...»
(La Tempestad)



«La blanca mariposa...»
(La Mascota)



«que los bravos llegan ya...»
(Cádiz)

los dedos. Y á lo mejor acontece que alguno de aquellos ángeles rubios éntrase en la tienda con su padre y sale abrazando con frenesí á la Juanita ó á la Pepita idolatrada por la chica de la calle, que se queda contemplando con los ojos llenos de lágrimas como se llevan su tesoro.

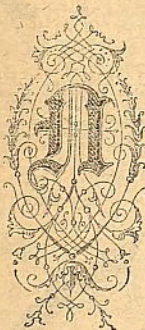
Las aves de Palacio.

Tienen sus nidos en los capiteles de las columnas, pegados á las ventanas; allí se recojen por la noche y allí ponen sus crías; al asomarse en primavera a cuarquier balcón alto del alcazar se oyen cerca suaves arrullos; por la mañana levantan el vuelo y se van á la Casa de Campo, que también es suya como perteneciente á su regia morada; allí comen y tornan al anochecer en bandadas de centenares. En los días de invierno, en que azota el zarzacán y la ventisca se distinguen en el remate de la fachada, resguardándose del lado de donde sopla el aire, hileras de palomas extendidas al pié de la balaustrada del tejado.

Pero no son ellas solas; las golondrinas también viven allí, en el enorme edificio de piedra y también cuelgan sus casas de barro entre los adornos de la fachada; en el verano, por las ventanas del último piso, estalla un concierto de pitidos agudos que no se sienten en la mala estación; los pájaros azules son muy ingratos y egoístas y solo quieren vivir en palacio en el sitio en que están solos; en cambio sus vecinas no enigran nunca y allí viven sabe Dios los años que hace sucediéndose unas á otras las dinastías en las alturas, como acontece en el principal de la opulenta mansión.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EL FONÓGRAFO



o puede negarse que en el presente siglo hemos llegado casi al colmo de la civilización.

El siglo de la luz eléctrica, bien puede denominarse de las luces.

Ya lo dice uno que yo conozco, el cual, por rendirle culto, *se alumbraba*.

No es esto decir que se aplique fuego exteriormente.

Se contenta con la fosforescencia interna.

—Porque—exclama—de algún modo he de demostrar mi pasión por los adelantos. Mi lema es éste: «luz, mucha luz»; y ya es sabido: el *cognac* paga el gasto, ó, mejor dicho, yo pago el gasto de *cognac*; pero, vamos, también soy yo el iluminado, ¿verdad usted?

El caso es raro, pero, en fin, cada uno demuestra sus ideas según le place.

Peor las demuestran los burros, que lo hacen á cokes.

Aunque hay muchos hombres que hacen lo mismo, dicho sea sin agraviar á nadie.

¡Oh, los adelantos del siglo!

La electricidad, la telegrafía, el submarino....

Pero, vamos, apártese todo á un lado para dar paso al fonógrafo.

El instrumento para fotografiar la voz...

¡Como quien no dice nada!

¡No es admirable que una pequeña rueda de doce centímetros de superficie pueda guardar en su seno el texto de un diario de gran tamaño, y reproducir, cuando se desee, su lectura hasta 5.000 veces?

Basta para esto que el mozo de la redacción le comunique *al oído* desde el título hasta el pié de imprenta.

Dentro de poco tiempo no habrá casa, por modesta que sea, donde no haya por lo menos uno de estos aparatos.

Parece mentira que hayamos podido prescindir de él hasta 1878.

Ya se nos figuraba que nos faltaba algo.

¡Qué de recuerdos históricos no tendríamos si hubiese visto antes la luz!

Las palabras de los sabios y de los personajes célebres se hallarían archivadas, conservando su frescura, á pesar de su decrepitud.

Ya no suspirarían por sus buenos tiempos las personas sensibles, pues sean estos cuales fueren, tendrían sus ruidos al alcance de la oreja.

Y remontándonos más, mucho más, y suponiendo que Dios al crear al hombre hubiera creado también al fonógrafo, ¡qué mágico efecto no nos causarían sus primeras palabras, es decir las primeras pronunciadas en el universo?

¡Qué impresión tan extraordinaria no nos produciría el rumor del primer ósculo de Adán, el de la resistencia de Eva y el de las proposiciones de la *habladora* serpiente!

¡Y el de los espantosos bramidos, rugidos, relinchos, rebuznos, maullidos, cacareos, etc., etc., de aquellos animales preservados en el Arca de los peligros diluvianos?

¡Que me digan que este ruido no tendría aceptación en una obra de espectáculo!

¡Pues qué diremos del estruendo de las batallas, del fragor de las tormentas, del de los grandes cataclismos que han transformado en su revolución nuestra corteza terrestre?

¡Ah! no diremos nada.

Y será lo mejor.

Porque no sabríamos que decir.

Nada, que urge la generalización del fonógrafo. Pero mucho.

Los empresarios, sin moverse de su despacho, contratarán á los artistas.

Recibirán de sus corresponsales cartas como esta:

«La tiple A., el tenor B. y el barítono C., creo que proporcionarán llenos.

»Al mismo tiempo que ésta, recibirá V. tres cilindros en los que van incluidas sus voces con todas las notas que emiten, altas y bajas, y todas las obras de su repertorio, desde *Lohengrin* hasta *Toreador por lo fino*.

»Remito también un *do* y un *re* de pecho del segundo, pero aparte y como valor declarado, para en caso de apropiárselo algún empleado de Correos, que ponga el grito en el cielo.

»Incluyo igualmente lo que piden por su propia voz.»

Estas notas, aunque seguramente las más dulces del repertorio, serán las más discordantes.

Llegarán al alma.

Podrán hacerse también contratas al por mayor. Bastará para esto recibir la audición de un coro ó de una orquesta.

Con la consecutiva silba ú ovación. Así se anticipará el juicio del público.

Al amante receloso del genio de su adorada le será harto fácil comprobar sus sospechas, dejando á la criada uno de estos *artefactos*, como los llamará seguramente un abogado tristemente conocido.

—Guárdeme V. esto, Nicanora.

—Está bien, señorito.

—Pero... venga V. acá, que nadie nos oiga: quiero que me guarde V. una cosa dentro.

—¿Dentro de qué?

—Dentro de esto.

—Bueno; guardaré mis sisas de esta semana.

—No, mujer.

—Está bien; guardaré entonces la cordilla del gato; así como así, se la come todos los días la perra de la señora...

—Lo que quiero es que me conserve V. todo lo que diga en el día de hoy su señorita.

—¡Calle! ¡si me creerá usted capaz de cometer un crimen!

—No es eso.

—¡Ah!

Y con algunas explicaciones y algunas pesetas, el conocimiento del amante será perfecto al otro día.

El que sea precavido sacará del fonógrafo grandes utilidades.

Un *reporter*, por ejemplo, deberá llevarlo siempre á mano.

Que un político celebra una *interview* con su sastre. El país al otro día estará enterado de su trascendental conversación.

No habrá más que acechar á todos los prohombres y en el instante crítico, ¡cataplún!, sin que ellos ni remotamente lo noten, quedarán fotografiadas todas sus frases.

Después sólo habrá que variar estas como más convenga á la publicación.

Los que emprendan viajes á remotos países, llevarán en su maleta un fonógrafo con las últimas óperas y los discursos más recientes.

Y se oirán allá por Africa conversaciones del siguiente cariz:

—Mira Bonifacia, que este chico no me deja en paz con sus alaridos.

—Pero, si no le puedo dormir.

—Bueno, pues saca el fonógrafo, y que oiga media horita á Castelar.

Desgraciado del marido que haya prometido algo á su consorte y no lo cumpla.

Cuando más dormido esté, su propia voz atormentará su conciencia, oyéndose á sí mismo prometer lo que no cumple.

Y al volverse del otro lado, verá á su mujer sollozar lágrimas como naranjas mandarinas y la oír exclamar con un tonillo que parta los corazones:

—Eso es, fíese V. de los hombres. Si son unos bribones. Bien me decía mamá que emparentara con aquel de caballería.

Al poner casa, pensarán los novios antes que nada en la compra del fonógrafo.

—Mire V., habrá quien diga al comerciante, yo quiero un fonógrafo de los más baratitos, ¿eh?

—¿De cuántas repeticiones? Los hay hasta de 300.000.

—No; yo soy económico de por mí y no me dedico á la oratoria, aun cuando poseo un almacén de camas.

—¿Le gusta á Vd. éste?

—Para acabar pronto; quiero uno que repita todos los ruidos, á excepción de la voz de mi suegra. Es el único que no puedo soportar.

Serán frecuentes los diálogos como este:

—¡Eh! ¡Cucufate! ¿dónde vas tan deprisa?

—A llevar la voz de la señora marquesa á casa del duque.

—Bueno; te esperaré.

—No, porque después tengo que llevarla á casa del vizconde.

—Pero irás antes á cambiar de palabras.

—¡Cá! no es necesario hasta que haya de hablar al barón.

¡Qué de cosas oiremos con el tiempo!

Nadie se librará de un fonógrafo importuno.

Solamente respetará éste á muy pocas personas.

A los mudos.

Y aun estos tendrán que reprimir muchos ruidos, por temor á verse delatados.

JULIO VICTOR TOMEY.

CHIRIGOTAS.

Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

✱

La Publicidad:

«Mientras los conservadores obren como han obrado hasta la fecha...»

¡Por Dios, colega!

¡Qué conceptos tan felices!

¡Qué cosas tan... olorosas!

¡Si me habla usted de esas cosas, me taparé las narices!

✱

—Bibliotecario anteayer

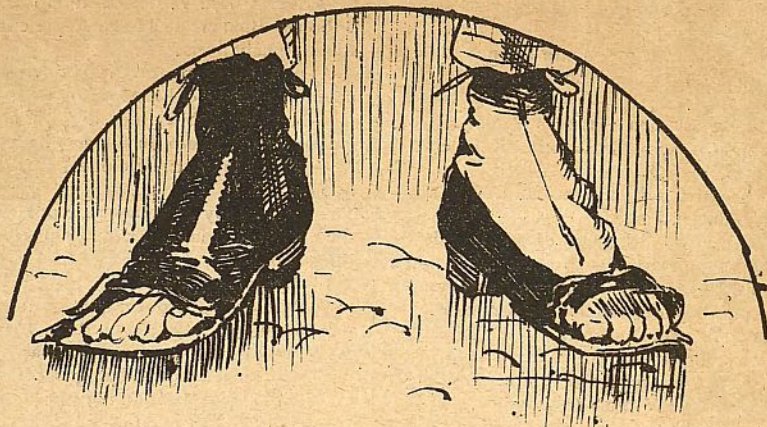
han nombrado á D. León.

—¡Hombre! ¡excelente ocasión para que aprenda á leer!

E. DE LUSTONÓ.

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje

ANUNCIO, POR «MECACHIS»



Se alquilan unos bajos muy bien ventilados. Razón etc, etc.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA

D. JULIAN PERIS MENCHETA

Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO

D. RAFAEL B. ORTEGA

Primera de Santo Domingo, número 12.
MÉXICO

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN GUATEMALA

D. Antonio Partegás

Octava Avenida Sur.—Almacén
GUATEMALA

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

D. Antonio S. de Bethencourt

Calle del Sur, núm. 4.

CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
DE LA

SEMANA CÓMICA

EN PARIS

Madame Schneider

Kiosco 50.—BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS

MADAME LEMAITRE

Kiosco 34.—Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Señora Viuda de Pozo é Hijo

Galería Literaria

Calle del Obispo 55.—Librería

HABANA

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.		2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona

Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde